

# Praga y Viena del Cadáver

Por Hernán Lavín Cerda

He perdido algunos años tratando de ponerme el zapato derecho en el pie derecho y el izquierdo en el izquierdo. Indudablemente, no es una operación muy difícil aunque se necesita un poco de ciencia o más bien una estrategia adecuada que permita rodear el objetivo y, luego, desencadenar el ataque desde todos los ángulos. Si el asalto no se prepara, la batalla se convierte en un desastre y puede suceder, incluso, lo peor; es decir un desorden del ritmo, un aturdimiento, o, si ustedes lo prefieren, una nebulosa en medio de las uñas, los tobillos, la sombra de los pies y los zapatos. Debo aceptar que estamos en peligro de perder todo punto de referencia y el riesgo es inminente. La realidad se ha vuelto muy complicada y al fin todo es posible: un terremoto, un cataclismo, un cuerpo que se desarticula rápidamente y el impacto de una memoria que se hunde junto al cuerpo.

Así me sucedió en el otoño de 1966. Yo vivía en Praga, más allá de los árboles, y para llegar a mi casa era necesario cruzar el Cementerio Judío. En aquel lugar viví durante más de un año, acompañado por Nadia y por una perra de rabo pequeño y apellido indescifrable; esto último parece un sueño pero es cierto: nunca llamamos a nuestra perra por su nombre y estoy casi seguro de que la habíamos bautizado con un gracioso nombre compuesto de cuatro sílabas más o menos agudas que ahora no puedo recordar. Su apellido fue siempre un tormento, al menos para mis labios y mis oídos: algo así como el sonido del ferrocarril atravesando un pantano cubierto de piedras. Algo desvencijado y lento, muy lento, como si fuese una música de trompetas en el fondo del océano.

Una noche me quedé solo y descubrí

que los sentidos se me confundían: el olor de la perra era solamente real entre los muslos de Nadia. La humedad no aparecía en las tumbas del Cementerio Judío sino alrededor de la lámpara que me alumbraba. Era como si de pronto me faltara el apoyo de lo real en medio de tantos objetos que empezaban a ser extraños junto a mí: incertidumbre y torpeza de un mundo formado por figuras que se iban volviendo extrañas poco a poco. Nadia se transformaba en el ruido de una llave, yo me convertía en un calígrafo muerto de hambre, y la perra no era más que la sombra de un insecto debajo de la cama.

Entonces me caí de rodillas y estuve tratando de ponerme el zapato derecho en el pie izquierdo y el izquierdo en el derecho. Intenté hacerlo de este modo porque tuve el presentimiento de que mi pie derecho ya no estaba en el derecho y el izquierdo tampoco formaba parte del izquierdo. Rápidamente mi sospecha se convirtió en certidumbre: mis pies habrían de sufrir mucho desde aquella noche junto a las tumbas y los árboles del Cementerio Judío. Cada tobillo iba perdiendo su forma para convertirse en el ruido de una llave y yo me convertía en un insecto que agonizaba sobre la sombra de una perra de cuyo apellido no quiero acordarme. Todos estábamos debajo de la cama y nadie era capaz de arrastrarse por la alfombra hasta la puerta que podía abrirse de un momento a otro.

Pero no te confíes: el otoño es lo que queda de aquella memoria hundiéndose y nada se abre aunque Nadia y la perra son la última posibilidad, el último engaño en medio de tanta hipnosis.

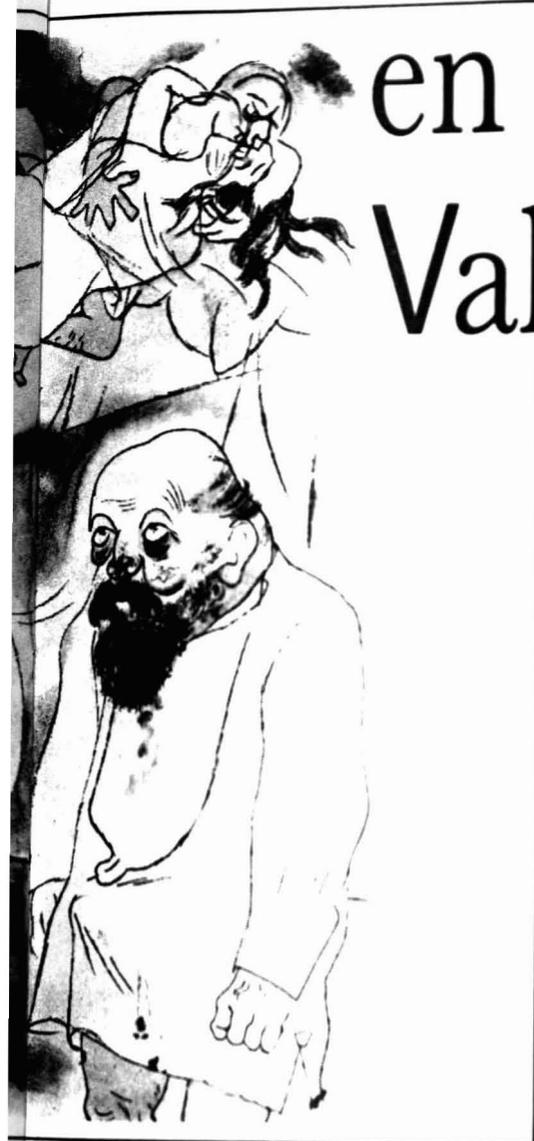
Ven, Lucrecia, ¿por qué no vienes?

Tal vez no soy el mismo de antes pero te necesito más que antes. Me siento cansado, me aburro, y sin embargo no tengo sueño. Cómo me duelen los tobillos y sufro al ver que mis zapatos se transforman en el ruido de una llave. ¿Por qué no vienes?

Viena asustadiza. Desde aquí pienso en Nadia y la imagino semidesnuda en un bosque de Bohemia. Estamos en 1905 y, poco a poco, Viena se volvía diferente. Hierro y aluminio en lugar de ladrillo y yeso. Impulsos geométricos multiplicándose. No era yo la única víctima del vértigo en aquellos años. La cafetería fue el vicio de los vieneses. Ahí apareció como en un relámpago, a veces denso e inmóvil, la perturbadora modernidad. Al principio todo es inédito y por allí se desliza. Luego es más y más difícil, como dijera Karl Kraus. Y cuando llegas a dominar el oficio, entonces es casi imposible articular una frase.



# en las visiones Valdivia



Ahora vislumbro a Nadia con su sonrisa inocente, algo hipócrita pero inocente; supongo que ella desconoce la causa original de toda hipocresía: cultivarla es un fenómeno tan natural como el olvido.

Austria era un país de viejos; para vivir aquí, había que envejecer. Ojalá termináramos de sufrir, sonrío Arthur Schnitzler. ¿Y entonces? Hugo von Hofmannsthal observa el movimiento pendular de la luna en la noche estrellada y dice "no me permiten subir tan alto, hace un poco de frío, no me permitirán subir tan alto". Recuerdo que a los veinte años, éramos conservadores endurecidos. Pero las cosas empezaron a cambiar de manera paulatina. ¿Embellecer para la emoción, seducir para el olvido, adornar para la ilusión? No sólo eso. El camino se abriría para siempre. Todo se iba desarticulando en fragmentos; y aquellas señas de identidad, a su vez, se fragmentaban. De pronto nos vimos envueltos en otras lí-

neas arquitectónicas: la curva más o menos febril dejó su lugar a los ángulos tejidos en la urdimbre de las rectas. Adolf Loos nos desembarazó del ornamento. Sin embargo, siempre descubrí la espiral de mi alma en los ojos de Nadia, como si la desnudez de Nadia hubiera aparecido de repente en la pintura de Gustav Klimt.

15 de septiembre de 1966. Nunca supe por qué no pude visitar a Ludmila Mordukova. Se me fue el tiempo y el sol desapareció como un esqueleto en el espacio: la frialdad del sol no es una caricatura. Yo iba y venía bajo aquel impermeable suizo de estibador cesante, y mi cuerpo se resbalaba en el interior de aquella funda de plástico. Creo que mi figura se confundía con la de un ballenato lejos del mar.

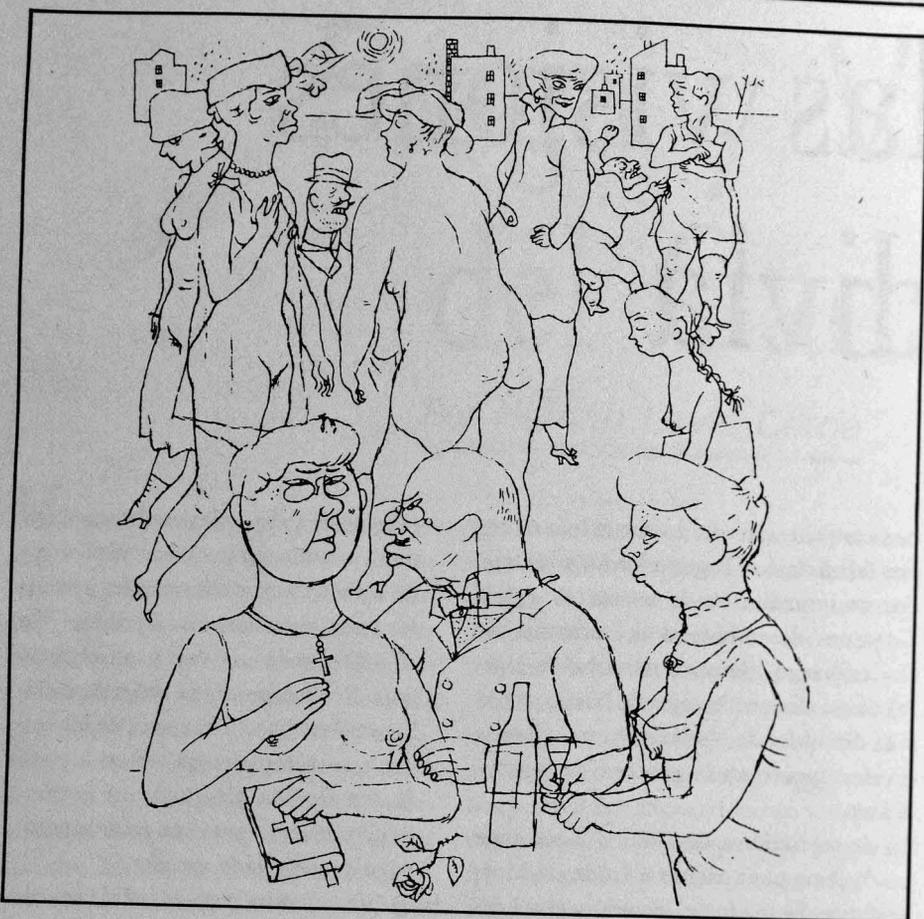
Ahora tengo sueño y me tiendo sobre el césped. De pronto siento que alguien me despierta y me habla: de su boca sale un flujo de consonantes. Seguro que es un policía. Lleva un impermeable muy parecido al mío y una gorra oscura: su mano derecha me dice que está prohibido dormir sobre el césped y que debo irme por la calle hasta llegar a la estación del ferrocarril. Así lo hago. Me duele mucho la vejiga y avanzo con dificultad. Al fin puedo sentarme en una de las bancas de madera y me resigno, temblando, a pasar allí la noche. Lentamente abro los ojos como si fuese un paquidermo y trato de no cerrarlos: temo quedarme dormido. Así pasan los minutos, las horas, no aparece ningún tren, desconozco esta lengua, tengo hambre, y no me atrevo a pedir un pedazo de pan.

Recuerdo las palabras de Roque Dalton:

"Pronto me iré de aquí, aunque lo

tengo casi todo. ¿Ves ese letrero? Intenta pronunciar lo que allí está escrito: un infierno de consonantes y acentos muy extraños. Es imposible. En cuanto pueda me voy y no regreso más. Prefiero morirme antes de escribir sonetos bucólicos acerca de los cisnes que aún podemos ver en alguna fuente perdida. Praga es muy hermosa pero las tensiones van en aumento. Algo grave puede suceder."

Hago un esfuerzo pero es inútil: mi ojo de paquidermo se cierra, se abre, se cierra, se abre. Después de observar la escena durante algunos minutos, veo que estoy rodeado de ancianos muy pobres, casi mendigos que no se hablan. Uno de ellos se pone de pie y a través de una colecta reúne las coronas para comprar salchichas y un poco de mostaza; me mira de reojo, se rasca la nariz, más bien el surco que aparece entre su boca y su nariz, y va repartiendo las salchichas sin ningún apuro. Ahora viene y se sienta a mi lado. Más que un viejo, es un hombre antiguo. Sí, más antiguo que la Praga vieja con aquel color ceniciento que cubre los muros. Apenas tiene voz y me habla. Tiemblo de frío y le hago un gesto con mi mano izquierda; me sonrío y parece estar muy feliz con ese gesto. Cataplúm, digo, cataplúm, y el anciano sonrío como un animal del monte. No tiene dientes pero su sonrisa es como la de Voltaire: la sonrisa de una razón a punto de extraviarse para siempre. Entonces grito: cataplúm. Una vieja se acerca y me observa desde los tobillos a la nuez, y de ahí a la frente. Ella también sonrío como otro animal del monte: cautivadora en su sonrisa. Poco a poco se van acercando y sólo hablan entre ellos. Su lenguaje, que desconozco, tiene para mí la belleza de



las desarticulaciones. Su balbuceo es repulsivo y admirable: me atrae tanto como la lechuza al cuervo.

Han transcurrido más de cuatro horas y llegan más y más viejos a la estación de Praga. No viene ningún tren y ellos se acuestan sobre las bancas y las baldosas. Pienso en algunos dibujos de José Clemente Orozco, así como en algunas fotografías de Sara Facio y Alicia D' Amico. ¿Son locos? ¿Son esperpentos de una marginalidad incomprensible? Llega la luz del sol y se van con sus manchas, sus medias rotas, sus erupciones en la piel, sus labios pálidos, sus manos temblorosas. El menos viejo da un salto y esconde la última salchicha en una bolsa oscura; cuando me sonrío puedo ver cómo sus encías están recogidas y, al igual que los otros, es un desdentado.

Abandono la estación y logro llegar a la pequeña casa donde vive Ludmila. Le cuento mi experiencia y le pregunto quiénes son esos ancianos. Ella se siente incómoda y me responde sin mucha convicción:

—Son como huérfanos. Un producto de la guerra.

Nadia es hermosa pero su carácter me resulta incomprensible. Casi es de noche en

la taberna *U Fleku*, hace frío y todavía llueve. Tengo miedo de dormir solo, le digo, pero ella se burla de la falta de imaginación que hay en mis sueños. Mucho mejor será que te calles, me dice y hace un gesto con sus labios como si fuese una araña que de pronto se desconoce a sí misma en el fondo de su tela. Está bien, le digo riéndome, y ella trata de darme el golpe del conejo pero yo me escapo y desaparezco entre sus piernas largas, casi gordas aunque débiles. Te has vuelto absurda, malvada y loca, le digo sin darme cuenta: sólo te burlas de la imaginación que pudimos haber compartido. Pero no, es imposible. Aquí la única intelectual eres tú, aunque digas lo contrario, y todo lo destruyes con ese falso sentido del ridículo que todavía cultivas como si se tratara de un bien inexpugnable. Pero te equivocas y al fin no puedes dejar de reconocer que tu tiranía será pulverizada por mi sueño. He venido a soñar y tú lo sabes; hemos venido a perder hasta la vida en el fondo del mismo túnel.

Sí, Lucrecia, siempre quisieras chuparme la sangre junto a la estatua de José Stalin que acaba de ser decapitada en medio de la noche. No eres muy diferente a Nadia: sus propósitos son los tuyos, aun-

que hagas lo posible por disimularlo. No lo niegues. A veces creo que una sola mujer me perseguirá hasta el fin de los siglos: un solitario animal de muchos ojos, una figura múltiple.

De pronto alcanzo a ver que un viejo amigo de la familia, don Miguel Delibes, viene a visitarme con el único propósito de que yo no me olvide de Praga. Luego de encender un cigarrillo de tabaco rubio, dice observando el valle a través de mi ventana:

—Del otro lado, es decir, a la derecha, aguas arriba del Vltava, puedes ver cómo se alza la ciudad vieja, la ciudad gris de los pasadizos y las desportilladuras. Aquello tiene un regusto kafkiano —no en balde, Kafka nació y vivió aquí— y la sombra de los husitas gravita sobre sus calles y callejuelas. En rigor, se trata de un verdadero laberinto. Yo te diría que es un trasunto urbano del cerebro caótico y genial del autor de *El proceso*. Los pasadizos, túneles, arcos, bóvedas, pasajes y patinillos se cruzan y entrecruzan: conducen a todos los sitios y no llevan a ninguna parte. El barrio encierra un encanto tétrico, un aire misterioso que le inclina a uno a hablar a media voz. A esta impresión coadyuvan los grandes desconchones de las mansiones valetudinarias, los ventanucos abiertos en los rincones más insólitos, las galerías colgantes, los gatos grandes y perezosos deslizándose sigilosamente entre los cubos de las basuras. El tiempo se ha detenido aquí. Nada se ha desplazado de su sitio. Todo está como estaba, con su viejo pavimento, incómodo y hermosísimo, de minúsculas lajas de diversos tonos —grises claros, oscuros, rosados— combinadas en caprichosos dibujos geométricos y sus farolillos de gas que el farolero va encendiendo cansinamente al caer la tarde. La personalidad de Praga, no lo olvides, emana sin duda de este rincón sobre el que periódicamente se desgranar las campanadas de la iglesia de Tyn o de la capilla de Bethléem, donde Jan Hus —cuyo monumento se alza en la plaza inmediata— predicaba al iniciarse el siglo XV.

—Sí, don Miguel, todo está como estaba y el olvido es imposible. Nunca pude salir de aquella ciudad tan vieja, como no pude abandonar los sótanos de Santiago de Chile. ♦